

TEORÍA DEL DESEMBARCO

Justo cuando empezaba a olvidarme de él y habituarme a la tediosa y solitaria rutina de la gran ciudad empezaron a llegarme sus extraños correos electrónicos. Al principio eran breves y creaban eco, eran mensajes de una claridad casi poética, diáfana, después añadió puntos suspensivos como queriendo crear una sensación de desconcierto. Algo había cambiado.

Al leerlo daba la impresión de escribir bajo sospecha, de vivir en una ciudad de impenetrables brumas marinas y de moverse entre calles inciertas y oceánicas. Al menos eso sentía yo, engullida por la vida contrarreloj de la capital, donde todos los movimientos eran previsibles, liquidados y contabilizados por la exacta alternancia del día y de la noche, una cadencia machacona que allí, en ese mundo de horizontes despreocupados, ese mundo de acento sureño y acuático, no funcionaba. Y en los silencios que se escapaban entre las líneas de sus correos se le veía recorrer las calles echando miradas furtivas hacia atrás, como si alguien le estuviera siguiendo los pasos.

Y sin embargo me hacía sonreír, porque ese era el Martín que yo recordaba, el mas puro, deambulando sin rumbo por sus vericuetos habituales, anestesiado por el aire salino de la media mañana, felizmente perdido por las sombras azules del laberinto. El Martín huidizo que tocaba en el club de jazz a la espalda de la catedral, con la dichosa manía de no mirar al frente, receloso mientras rasgaba la guitarra en el rincón mas oscuro del escenario, y golpeando la tarima con el pie para marcarse el ritmo, para no perderse, para no ausentarse. Yo le hacía señales para que mirara al público a la cara. Siempre necesitó señales del exterior para no perderse por este mundo.

– “Marta, ¿cómo fue tu viaje?, aquí llueve arena y pega un aire tórrido, debe ser calima, que es lo contrario del terral, caliente pero del sur, del mar pero seco, un lío, no sé si me entiendes”.

– “Martín, complicado, ¿algo así no ocurrió allí hace seis años?”.

– “Ya, pero esta vez ha llegado con mas fuerza, y cubre la ciudad desde el desembarco, dice la gente que es una nube sahariana, me recuerda al olvido: es para siempre y lo cubre todo con ese polvillo oxidado. Puedes coger estas frases para tu libro”.

– “Un momento Martín, ¿qué desembarco?”.

Tocaban todos los jueves un blues abrumador, humeante y resacoso, eran saetas laicas, un jazz de lamentos que dejaba a la tribu desgarrada hasta el jueves siguiente. Reventaban el local, que se llenaba de artistas sedientos de alternativas y de alcohol, locos embarcados en la ciudad desde todos los lados a rebufa de un huracán cultural que lo arrasaba todo. Una ciudad que se desangraba de éxito, con el rojo de las alfombras alcoholizando la mirada de los actores. Una ciudad donde la plata de la liturgia oficial tenía los bordes muy afilados, y los pasos de cebrá tenían franjas de vanguardia, una negra y una blanca, pie izquierdo, pie derecho, vamos Martín, eso es, ya llegamos. La vida era una borrachera de museos deslumbrantes que prometían una ciudad recién inaugurada, un día sí, un día no, una franja negra, una blanca, vamos Martín, ya llegamos.

– “Abrasa el sol, ya no es el de antes, y algunas mañanas el aire se hace irrespirable. Este sol flota redondo y anaranjado Marta, y no arroja sombras de duda. ¿Te acuerdas cuando bajábamos al puerto al caer la tarde?, eso ya no se puede hacer, al menos a la luz del día. ¿ya tienes editor?”.

– “¿Qué me dices, es la calima?”.

– “No Marta, es que lo han prohibido, han prohibido asomarse a los muelles hasta nueva orden, las cosas están cambiando.. los turistas ya no pueden hacer fotos y el último crucero sale de la ciudad mañana, ha sido el último desembarco, o será el último embarco, según se mire”.

– “Si se van es un embarco y si llegan un embarque, supongo. Desembarco es cuando amarran y bajan por la pasarela con bermudas y camisas de flores, tambaleándose hasta poner pie en los adoquines del muelle. Aunque para zarpar también cruzan la pasarela, saltan del muelle al barco, un embarco, en fin Martín, como aquí no hay puerto me hago un lío”.

Su apartamento de la calle Santa María estaba siempre en penumbras, desde allí la vida parecía suceder ausente y era transitoria como la bocanada de un cigarrillo. Nada era definitivo, a su mundo privado no llegaba la luz de los nuevos escaparates en franquicia, y solo se oía un rumor: pequeñas formaciones de europeos guiados por graduados políglotas, que recorrían el alma de la ciudad antigua, desangrándola en un avance disciplinado, sin contemplaciones ni propinas. Apenas ascendía el timbre de las bicicletas, que perdía fuerza por el laberinto de calles peatonales, hasta caer muerto sobre el cobre de los canalones.

Pasada la última Semana Santa flotaba en el aire un olor a ceda quemada que fue una premonición. Y después me marché.

El plan era pasar mi vida en salmuera, por calles trazadas con agua de mar, acompañando a un flâneur jazzista, haciéndole señales para que encontrara la mirada del público, señales para que cruzara los pasos de cebra con la exacta alternancia, o para que mantuviera el rumbo sobre la bicicleta. Era eso o terminar mi libro. Cogí un AVE de las 7,30 de la mañana. Fue el primero que salió, y el último.

–“Marta, esta ciudad naufraga. ¿Te acuerdas del Cubo?, pues no te lo vas a creer pero lo están desmontando para embarcarlo hacia Rabat. Yo me he refugiado arriba en el desván, hace días que no salgo, y solo bajo a abrirle la puerta al cartero y hacerme mis sandwiches de cangrejo coreano. Doña Conchita, la dueña de la tienda de rosarios y medallitas que tanto te inspiraba para escribir, te manda recuerdos. La tienda está en liquidación total de vírgenes y santos, han prohibido las imágenes religiosas y el olor del incienso, así está el patio por aquí”.

– “Oye chico, y si no sales ¿cómo sabes que están embarcando el Cubo hacia Rabat?, y de todas formas desde tu apartamento nunca se vio el puerto. Ya me contarás qué está pasando allí abajo”.

– “Cari, se me olvidó contarte que han atrasado los relojes una hora, como lo oyes. Por lo visto lo hicieron nada mas desembarcar pero yo no me he enterado hasta el pasado jueves al bajar del escenario por la pasarela, uno ya borracho me cortó el paso y me soltó que se habían quedado con ganas de más. ¿Ganas de qué, de jazz? le dije, “no hombre,

¡que solo son las doce y siempre tocáis hasta pasada la una!”. Lo tienen todo planeado, cambiaron la hora nada mas poner pie en los muelles los mandamases, enviando el mensaje a la población de que esto no tiene marcha atrás, salvo la hora claro. Ya estamos en otra época, y el nuevo rey está al otro lado del mar. Me inquieta pensar que he vivido con adelanto durante un mes, haciendo todo sin saber que disponía de tiempo de mas, he vivido como de prestado. He recorrido espacios a destiempo, y he comenzado a soñar antes que nadie en la ciudad, y vivir sin señales me crea ansiedad, ya sabes”.

Ahora Martín parece encajado como una pieza en el puzzle del presente, tan lejano de mi futuro literario, de mis planes tan al alcance de la mano pero siempre por suceder; una página menos en blanco, desbloqueo creativo, la corrección de última hora, la búsqueda de un editor, y a la cola para ser publicada.

Cada uno ha caído de un lado de esa linea del tiempo tan invisible como imposible de cruzar, y no hay pasarela que desembarque en tierra firme cuando el día a día se convierte en un vaivén entre los muelles y la caída de la tarde. Y Por fin llegaron sus últimos emails.

– “Se acabaron los desembarcos y decidí salir de mi encierro para probar, ahora las cosas ocurren a otro ritmo, vuelvo a ser el Baudelaire que tanto te gustaba. Esta ciudad no es un Berlín, ni París, como tú decías, pero está junto al precipicio, y me gusta el garbeo indolente por su borde, sin importarme la caída. Total, todos acabamos cayendo. Disfruto viendo como se deshilachan sus babuchas en las escaleras del metro, y bajo al puerto al caer la tarde, cuando la bahía se abre al sur y la ciudad se sacude el asedio. Por cierto, doña Conchita te manda recuerdos, ha abierto un puesto de especias en el antiguo mercado gastrocultural.

– “Martín, me publican”

– “Y al amanecer, cuando se callan las bicicletas de los sueños, nos despiertan cantos con versículos del Corán”.

José María Sánchez Alfonso. Socio de Marbella Activa

Septiembre de 2015.